

Revuelta, rebelión y revolución: ideas sobre la política exterior de George W. Bush

ADRIÁN VILLANUEVA DELGADO*

Las ortodoxias con pretensiones universalistas
y exclusivistas tienden sucesivamente a la escisión
y a su persecución.

OCTAVIO PAZ

En su segunda toma de posesión, el presidente George W. Bush declaró que “la sobrevivencia de la libertad en nuestra tierra [Estados Unidos] depende del éxito de la libertad en otros lugares”. Fue un discurso para la posteridad, escribe Fareed Zakaria (2005: 14-17), que vivirá en la historia como una poderosa afirmación de las ideas e ideales estadounidenses. Empero, la alocución del presidente Bush reveló la culminación de la sustancia y el estilo de la política internacional de Estados Unidos post 11-S. La nueva doctrina de política exterior busca configurarse a un nivel más alto a través de dos procesos paralelos que intervienen en su elaboración y su ejecución: la institucionalización de los éxitos de su primer periodo y avanzar en la agenda que retoma un enfoque idealista y realista del sistema internacional. Así las cosas, ¿cuáles son las ideas detrás de la reelecta administración?, ¿quiénes son sus promotores?, ¿qué efectos tendrá en el futuro?

Para ilustrar la política exterior de Estados Unidos en la administración de George W. Bush, utilizo los conceptos de revuelta –entendida como un regreso o retorno a los principios doctrinarios definidos como el “credo estadounidense”–, rebelión –entendida como la subversión y disidencia de un grupo político tradicionalista y nativista– y, finalmente, revolución –no en el significado de una transformación social, sino en el

* Asistente de investigación del Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN), UNAM. Correo electrónico: <microtono13@yahoo.com>.

de un cambio acelerado y radical de las estrategias de la política internacional de Washington.

Así, Nathan Sharansky, John Micklethwait y Adrian Wooldridge, e Irwin Stelzer analizan, desde distintos puntos de vista, un tema de gran actualidad y relevancia: los agentes y factores que han influido en la elaboración y ejecución de la política exterior de la administración de Bush. La revuelta de Sharansky, la perspectiva de un político de la diáspora judía, revive la regresión del poder y el mesianismo de las relaciones de Estados Unidos con el mundo. La rebelión de Micklethwait y Wooldridge es una visión desde el extranjero lejano de cómo y por qué ha revivido el movimiento conservador que va desde una postura antiinmigrante hasta la preservación de una sola identidad y cultura angloprotestante. Finalmente, la revolución de Stelzer representa la compilación de la cosmovisión neoconservadora de las estrategias de política internacional en tiempos de unipolaridad y amenazas permanentes a la seguridad nacional. Cada uno de ellos permite al lector entender las características y los impactos del Estados Unidos post 11-S de creciente conservadurismo y enorme desconfianza del mundo exterior.

Parece claro que la única forma en que Bush alcanzará sus objetivos será mediante la cooperación con los demócratas y los europeos.

I

La realidad se sobrepuso a lo deseado. George W. Bush fue vindicado por los electores en su proyecto de política exterior. Por su estilo de hacer política, escriben Nancy Gibbs y John F. Dickerson (2004: 24-37), por acomodar la realidad a sus deseos y por arriesgar sus fortunas y las de Estados Unidos en su fe en el poder del liderazgo y la libertad, Bush ganó su permanencia por cuatro años más como habitante de la Casa Blanca. Micklethwait y Wooldridge (2004: 11-12) cuestionan si esperaríamos un Bush más amable y gentil, tomando en cuenta el radicalismo de su primer periodo, continúa en particular Micklethwait, el presidente enfrentaría límites en lo que desea y lo que puede, y parece claro que la única forma de alcanzar sus objetivos será mediante la cooperación con los demócratas y los europeos.

En una entrevista con *The Washington Times*, el 12 de enero, el presidente Bush declaró que "si quieres entender cómo pienso sobre la política exterior, lee el libro de Nathan Sharansky, *The Case for Democracy. The Power of Freedom to Overcome Tyranny and Terror*". Días después, expresó

al mismo diario que “ese pensamiento es parte de mi ADN presidencial” (Hirsh, 2005). Disidente ruso y ex ministro de las Relaciones de la Diáspora Judía y los Asuntos locales de Jerusalén en el gobierno del primer ministro Ariel Sharon, Sharansky se ha convertido en el autor favorito del presidente de Estados Unidos. Pero, ¿qué los hace ser compañeros de un mismo viaje?

Si se cree en el poder de la libertad para cambiar el mundo, éste es el libro que se estaba esperando. El texto es más un recuento personal que un tratado sobre filosofía política. Por su experiencia como disidente judío en la ex Unión Soviética, el evangelio según Sharansky es el descubrimiento de tres fuentes de poder: el poder de la libertad del individuo, el de la sociedad libre y el de la solidaridad del mundo libre. Aunado a esto, Sharansky exhorta a una “claridad moral” –una posición, definición o punto de referencia– sobre el caso del poder de la libertad en el mundo. “La falta de claridad moral”, expone el autor, “es una tragedia que ha socavado los esfuerzos para avanzar hacia una paz y seguridad en el mundo. La promoción de la paz y la seguridad está estrechamente vinculada con la promoción de la libertad y la democracia” (Sharansky, 2004: 18-38).

Al mal se le enfrenta, no se le acomoda en aras de la “estabilidad”. Sharansky encuentra en la doctrina Bush su megáfono y plataforma de una nueva ofensiva libertadora en el mundo. El autor rescata dos elementos de la estrategia de seguridad nacional: poner fin a los Estados que promueven el terrorismo y remplazarlos por regímenes democráticos. Aquí reside la revolución radical de la política exterior de Bush. Es entonces que Sharansky, como el mismo Bush, considera que la democracia no es un obsequio divino para los países desarrollados, sino un deseo universal de todas las culturas y naciones del mundo, incluida la musulmana.

Lo reducido del evangelio según Sharansky, y de ahí sus contradicciones, creo yo, son las diferencias entre una sociedad libre y una sociedad del miedo, sin distinción de matices entre ambas. Sharansky define a la sociedad libre con base en la “prueba de la plaza pública”; es decir, cuando un ciudadano tiene los derechos para expresar sus opiniones sin miedo a ser arrestado, encarcelado o lastimado físicamente. Por el otro lado, la sociedad del miedo, señala Sharansky, no está basada únicamente en lo que Cornélius Castoriadis llamaría *estratocracia*, burocracia militar ideologizada, sino en tener la habilidad para controlar lo que se lee, se dice, se escucha, y sobre todo, lo que se piensa (Sharansky, 2004: 39-43). La

Al mal se le enfrenta, no se le acomoda en aras de la “estabilidad”.

Las democracias no pelean entre sí, puesto que la voluntad de los gobiernos democráticos reside en el pueblo.

complejidad de dividir el mundo entre sociedades libres y sociedades del miedo es desnaturalizar el debate acerca de los matices entre las distintas y variadas estructuras políticas y jurídicas de los miembros del sistema internacional. Así entonces, el enfoque de estudio de la sociedad internacional de Sharansky es limitado, obtuso y erróneo.

Bush ha manifestado desde su reelección que la promoción de los valores y el interés nacional se han convertido en uno solo a partir de un compromiso generacional. Sharansky comprueba dos avances de la doctrina de Bush. El primero es que ha despejado de suspicacia y alarma la promoción de la democracia en el mundo. En este orden de ideas, la promoción de los valores democráticos y los intereses estratégicos de las naciones deberán situarse de un mismo lado.

El segundo es que las democracias no pelean entre sí, puesto que la voluntad de los gobiernos democráticos reside en el pueblo. A la inversa, las tiranías no dependen de las decisiones de sus ciudadanos, sino de los dictadores. Resumiendo, el mecanismo de la democracia, escribe Sharansky (2004: 88-89), es la resolución pacífica de los conflictos, mientras que el mecanismo de la tiranía es la exportación del terror frente a un enemigo externo, a costa de una mayor represión al interior. Así ambos elementos, contenidos en la Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos –amalgamar, por un lado, el poder militar y el idealismo libertario, y, por el otro, promover valores y principios democráticos en regímenes hostiles–, habilitan el poder y el mesianismo de la política internacional de Washington.

Sharansky ignora las advertencias sobre el virulento absolutismo liberal intrínseco a la política exterior de Estados Unidos. Louis Hartz (1994) decía que la tradición liberal tiene un lado oscuro. “El problema ético básico de una sociedad liberal no es el peligro de la mayoría, que ha sido su temor consciente, sino el peligro de la unanimidad, latente sin saberlo, detrás de aquél”, esto es, que “cuando los estadounidenses se enfrentan a una presión militar e ideológica del exterior –como es la guerra contra el terrorismo– la respuesta nacional a una herejía amenazante es un instintivo cerrar filas que transforma la excentricidad en peligro de subversión y traición”.

Así las cosas, el excepcionalismo, concebido como ideología de reafirmación interna y de búsqueda de legitimidad histórica, fomenta un poderoso absolutismo virulento de una tradición liberal justificada en un americanismo que intenta encontrarse a través del juicio moral. Como

pueblo lanzado hacia el futuro, las respuestas las encuentra al mirar atrás, al *otro*, en el diálogo entre su moral y su historia. El resultado: la revuelta a los valores de la antigua comunidad. La soledad de Estados Unidos en los laberintos de la historia refleja su más pura contradicción en ser un símbolo de éxito, oportunidad y progreso, a la vez que de intolerancia, injusticia y desigualdad.

La revuelta de Sharansky va de Emmanuel Kant a Alexis de Tocqueville, de Samuel Huntington a Francis Fukuyama, de Woodrow Wilson a John F. Kennedy, y de Ronald Reagan a George W. Bush. El excepcionalismo de la nación original, la ejemplaridad de la nación a seguir, el mesianismo de la nación escogida o la “Nueva Jerusalén” y el americanismo como ideología nacional e instrumento de reafirmación interna y global son elementos constantes en la obra de Sharansky. *The Case for Democracy...* demuestra las ilusiones de promover una política a través de medios no convencionales, de tal forma que el lector encontrará algunos de los marcos de referencia de la política exterior de Bush para su segundo periodo. Promover el fin de la política de dobles estándares, lanzar una guerra global contra un enemigo proteico y vincular las políticas de promoción de derechos humanos *vis-à-vis* la asistencia económica y militar, manifiestan un fenómeno evidente: el círculo del neoconservadurismo se ha cerrado.

II

John Micklethwait y Adrian Wooldridge, editor y corresponsal de *The Economist*, respectivamente, en Washington D.C., son los autores de la obra más importante que ayuda a entender el contexto actual de la política nacional en Estados Unidos. A través de 450 páginas de análisis de la historia del conservadurismo, *The Right Nation, Conservative Power in America* descifra el futuro del país hacia la hegemonía del conservadurismo sobre el liberalismo como guía en la forma de gobierno. “La nación conservadora”, señalan Micklethwait y Wooldridge

explica por qué Estados Unidos es el lugar más diferente de los países desarrollados. En ningún otro país la derecha es definida más por los valores que por clase. El excepcionalismo de la nación conservadora es a causa de su religiosidad, el capitalismo y la moralidad de la América profunda y tradicionalista (2004: 19-24).

La soledad de Estados Unidos en los laberintos de la historia refleja ser un símbolo de éxito, oportunidad y progreso, a la vez que de intolerancia, injusticia y desigualdad.

Al finalizar la segunda guerra mundial, el liberalismo del Nuevo Trato de Franklin D. Roosevelt se encontraba en su apogeo. La economía mantenía un crecimiento estable, las condiciones sociales en las ciudades estaban en orden y la amenaza comunista era contenida satisfactoriamente. Sin embargo, el fracaso de la intervención armada en Vietnam, la crisis política de Watergate, y el declive del poder económico de los estadounidenses, hicieron que la balanza se inclinara hacia una alternativa del pensamiento único. Aunado a ello, el creciente radicalismo en el Partido Demócrata, el movimiento antibélico y la contracultura, provocaron que desde Barry Goldwater hasta Ronald Reagan, el conservadurismo reaccionara y conciliara sus posiciones de cara al elector estadounidense.

Si bien Estados Unidos no tiene antecedentes feudales ni aristocráticos, el conservadurismo no adquirió las formas más tradicionalistas y nostálgicas de Edmund Burke o Russell Kirk. Micklethwait y Wooldridge resumen los principios del conservadurismo expresados por Burke en: 1) una profunda sospecha hacia el poder del Estado; 2) preferencia de la libertad sobre la igualdad; 3) patriotismo; 4) creencia en las instituciones y jerarquías establecidas; 5) escepticismo acerca del progreso; y 6) elitismo. La originalidad de la nación conservadora consiste en la exacerbación de los tres primeros y la contradicción de los tres últimos a razón del siempre presente discurso liberal en Estados Unidos (Micklethwait y Wooldridge, 2004: 339-346).

¿Cómo fue que el conservadurismo ganó espacios en la escena política en Estados Unidos? La respuesta, según Micklethwait y Wooldridge, está en la transformación del Partido Republicano, provocada, principalmente, por un grupo de intelectuales judíos de Nueva York, los neoconservadores. La parte que hace más interesante a *The Right Nation...* es el recuento del desarrollo del neoconservadurismo como expresión contemporánea del conservadurismo que logró conciliar sus posiciones con el liberalismo. Es importante señalar que la trascendencia de este grupo confirma la amplia aceptación del conservadurismo en la vida de los estadounidenses, la presencia de tropas en Irak y las diferencias con los europeos en la definición de los medios y objetivos de la guerra contra el terrorismo.

El centro de planeación de la nación conservadora son los *think tanks* o institutos de investigación de política pública, como el American Enterprise Institute, The Heritage Foundation, Cato Institute, entre otros cincuenta más. A ellos se suman académicos, políticos y periodistas que escriben

La parte que hace más interesante a *The Right Nation...* es el recuento del desarrollo del neoconservadurismo.

en *The Wall Street Journal*, *National Review*, *National Interest*, *Public Interest* y *Commentary*, principalmente. The Conservative Political Action Conference –el más importante y poderoso foro del conservadurismo–, Americans for Tax Reform, The National Rifle Association y The Christian Coalition son las organizaciones de seguidores del movimiento conservador que actúan como un músculo que responde a las tácticas de una entidad superior, los *think tanks*. Estas organizaciones son las que promueven entre la población el discurso conservador que ha resultado provechoso en campañas de promoción de distintos temas, desde la prohibición del aborto, la negativa para ingresar al Protocolo de Kioto, hasta el cambio de régimen de Irak (Micklethwait y Wooldridge 2004: 151-197).

Entonces, ¿qué es el neoconservadurismo? El término siempre se ha aplicado a un grupo de intelectuales judíos, que en alguna ocasión se identificaron con la izquierda y ahora con el movimiento conservador. La figura central del neoconservadurismo es Irving Kristol. Asimismo, Norman Podhoretz, Jeane Kirkpatrick, Michael Novak, James Q. Wilson, Joshua Muravchik, Daniel Patrick Moynihan, Nathan Glazer, Daniel Bell, Walter Lacquer, Elliot Abrams, Peter Berger, Seymour Martin Lipset y John Bolton, principalmente, son identificados como neoconservadores de primera generación. En la década de los noventa, fueron relevados por la segunda generación de neoconservadores encabezada por William Kristol, Robert Kagan y Charles Krauthammer.

Irving Kristol (Stelzer, 2004: 33-37) describe al neoconservadurismo como la erosión de la fe en el liberalismo de un relativamente pequeño, pero talentoso y articulado grupo de académicos e intelectuales, hacia un punto de vista más conservador, aunque con importantes aspectos diferentes del tradicionalista Partido Republicano. En sus palabras, los neoconservadores están abrumados por la realidad. Sus partidarios de primera generación aceptaron en un principio los programas de Nuevo Trato de Franklin D. Roosevelt y tuvieron poco afecto por el aislacionismo que rodeaba al conservadurismo de Estados Unidos. Asimismo, se consideraban disidentes liberales y escépticos de las iniciativas de la Gran Sociedad de Lyndon B. Johnson.

The Right Nation cumple ampliamente con su tarea de analizar las redes del conservadurismo en Estados Unidos, su presencia en los medios de comunicación, en las universidades y en la forma de hacer política en Washington. Asimismo, la transición hacia el neoconservadurismo en los exitosos años de la administración de Reagan, su irreconciliable oposición

Irving Kristol describe al neoconservadurismo como la erosión de la fe en el liberalismo.

a la presidencia de William Clinton y su futuro como característica de la excepcionalidad estadounidense son elementos que ayudan a advertir la realidad política del vecino del norte, tan incomprendida como ignorada.

Los efectos del conservadurismo en la política nacional de Estados Unidos se manifiestan en una variedad de asuntos tales como la política exterior, el sistema judicial, la administración de la economía, el aborto, la religión, el control de armas y el presupuesto militar, entre otros más. Sin embargo, los contrastes no sólo se dan en cuestiones de políticas públicas. Las raíces del excepcionalismo conservador estadounidense, creo yo, están basadas en la combinación de dos elementos explosivos: los valores originarios de la nación y la manipulación política de los mismos. De ahí el amalgamamiento entre el conservadurismo y el neoconservadurismo en la traducción de una renovada política internacional en tiempos de crisis nacional y de necesidad de un liderazgo nacionalista, unilateralista y moralista en el mundo. Así las cosas, ¿qué tan revolucionaria es la actual política exterior de Estados Unidos?

III

La guerra en Irak ha sido la culminación del neoconservadurismo en su conquista por la política exterior de Estados Unidos. Halcones, imperialistas, sionistas, neowilsonianos, idealistas, conspiradores del mundo, personajes oscuros de la Ivy League –Harvard, Yale o Princeton–, *insiders* del complejo industrial-militar-petrolero, entre otros más, son los sobrenombres que han asignado a los neoconservadores. Paul Wolfowitz, Douglas Feith, Elliott Abrams, Lewis Scooter Libby, John Bolton, Stephen Hadley, Richard Perle, Jim Woolsey y David Frum son los personajes identificados como neoconservadores al interior de la administración. Algunos incluyen a Condoleezza Rice, Richard Cheney, Donald Rumsfeld y George W. Bush. Pero, ¿cómo definir quiénes sí y quiénes no son neoconservadores?

Los neoconservadores ostentan posgrados de las universidades estadounidenses más prestigiadas. Se han formado en *think tanks* y en publicaciones académicas de renombre. Su travesía intelectual recorre el radicalismo trotskista, el liberalismo, el neoconservadurismo, y el neoneoconservadurismo o neocons de segunda generación a partir de la década de los noventa. Son deterministas ideológicos que juzgan a partir de la

La guerra en Irak
ha sido la
culminación del
neoconservadurismo
en su conquista
por la política
exterior de Estados
Unidos.

calidad de la mente del otro. Posiblemente con estas características podríamos descartar a algunos adjetivados por el sobrenombre. Lo claro es que, a partir del 11 de septiembre, los neoconservadores han retomado las estrategias de política preventiva, el unilateralismo y el hegemonismo como principios rectores de la política exterior de Estados Unidos (Mead, 2004: 88-105).

Irwin Stelzer, director e investigador del programa de política económica del Hudson Institute, intenta dar respuestas a estas y otras interrogantes en la más importante colección de ensayos de los más destacados autores neoconservadores: *The Neocon Reader*, libro que es una prueba de conocimientos sobre la materia. Por su condición de proneocon, la edición intenta reivindicar, defender y desmitificar el carácter revolucionario del movimiento neoconservador y sus oportunas aportaciones al discurso político de Estados Unidos. Por las características del movimiento, escribe Stelzer (2004), éste sobrevivirá a cualquier cambio en la Casa Blanca.

En *The Neocon Reader*, Kristol, Muravchik y Podhoretz se oponen a llamar al neoconservadurismo como movimiento –grupo de personas con un mismo objetivo y sin diferencias sobre cuestiones clave de política–, prefiriendo el término de persuasión, sensibilidad y tendencia. Sin embargo, considero que el neoconservadurismo mantiene características reconocibles y disímiles a las de otros grupos políticos en Estados Unidos: la promoción de un liderazgo internacional de Estados Unidos, por medios militares de ser necesario, en una etapa de unipolaridad y de nuevas amenazas a la seguridad nacional e internacional.

Stelzer y Podhoretz (Stelzer, 2004) abordan el tema de si existe una cábala –interpretación mística o ciencia oculta– del neoconservadurismo. El principal foro adonde se apunta como el gran centro de conspiración es The Project for the New American Century. Si bien el centro ha proveído propuestas de política pública muy importantes para la administración de Bush, no se equipara con el American Enterprise Institute tanto por su presupuesto como por su personal. No obstante, es importante señalar que el neoconservadurismo no está delimitado a un solo instituto de investigación o grupo de cabildeo: su fuerza se debe a su amplia y consolidada red de *think tanks*, asociaciones, fundaciones, publicaciones, academia y gobierno federal.

Así entonces, el desplome de las torres gemelas significó, desde la perspectiva neoconservadora, el fin de las estrategias de política exterior de la guerra fría, la disuasión y la contención. Si bien el presidente Bush

El neoconservadurismo mantiene características reconocibles y disímiles a las de otros grupos políticos en Estados Unidos.

adoptó las principales propuestas del neoconservadurismo –mas no todas– la transición proveyó a Bush de una base intelectual que contenía la idea y el uso de la fuerza militar de manera unilateral, utilizar la guerra preventiva como la primera opción de la nueva doctrina y promover cambios de régimen y valores democráticos como los objetivos de la política exterior.

Para ilustrar la influencia de los neoconservadores en la presente administración, en 1992, el Defense Planning Guidance (DPG), a cargo del entonces subsecretario de Planeación de Política del Pentágono, Paul Wolfowitz, formuló las actuales líneas de ejecución de la política exterior. El memorando de Wolfowitz hizo un llamado a incrementar el poder militar de Estados Unidos para prevenir el surgimiento de un rival en cualquier región del mundo; propuso fortalecer la promoción de la democracia y el sistema de libre mercado; argumentó a favor del uso de la fuerza militar para prevenir la proliferación de armas de destrucción masiva; y sugirió depender de alianzas ad hoc en lugar de instituciones con acrónimos impronunciabiles. Ocho años después, el Project for the New American Century elaboraría el documento *Rebuilding America's Defense. Strategy, Forces and Resources for a New Century*, con base en las propuestas presentadas por Wolfowitz.

William Kristol y Robert Kagan (Stelzer, 2004: 57-77) escriben en la introducción de su libro *The Present Danger* –texto incluido en el *Reader*– que Estados Unidos debía prolongar su momento extraordinario de unipolaridad. Para tal fin, debía preservar y fortalecer la hegemonía económica y militar frente a posibles competidores en Europa y Asia. Kristol y Kagan, como la gran mayoría de los neoconservadores, temían que, desaparecida la Unión Soviética, Estados Unidos retrocediera a sus fronteras y dependiera de los mecanismos de seguridad colectiva para preservar la paz y estabilidad en el mundo. “En la posguerra fría –escriben los también fundadores del Project for the New American Century– el mantenimiento del orden internacional requiere el liderazgo de Estados Unidos para enfrentar dictaduras e ideologías hostiles y promover los intereses estadounidenses y los principios de la democracia liberal”.

El texto de Kristol y Kagan permite entender el neoconservadurismo de segunda generación anterior al arribo de la administración Bush. “La pregunta –escriben los autores– no es si Estados Unidos deba intervenir en cualquier lugar, sino los medios que utilizará para preservar la hegemonía estadounidense”. Sin embargo, basar la política exterior en el uni-

El memorando de Wolfowitz hizo un llamado a incrementar el poder militar de Estados Unidos para prevenir el surgimiento de un rival en cualquier región del mundo.

lateralismo, argumentan Kristol y Kagan, es una estrategia equivocada y crearía desconfianza respecto de Estados Unidos e inestabilidades en el orden internacional.

La revolución del neoconservadurismo en la administración de Bush manifiesta el cambio radical de los principios de la política exterior de Estados Unidos desde el fin de la guerra fría. Así las cosas, la doctrina Bush, construida con base en principios neoconservadores, es ahora un elemento indisoluble de la gran estrategia de política internacional de Estados Unidos.

IV

George W. Bush ha puesto en marcha una revuelta, rebelión y revolución en la política exterior de Estados Unidos. La nueva doctrina se basa en el ejercicio unilateral del poder estadounidense en lugar del derecho internacional y las instituciones, la preferencia por una estrategia de guerra preventiva *vis-à-vis* la disuasión y la contención; la promoción de intervenciones armadas para contrarrestar la proliferación de armas de destrucción masiva; el retiro de un apoyo tradicional a los acuerdos de no proliferación; la inclinación por los cambios de regímenes; el menosprecio a las alianzas permanentes y esquemas de seguridad colectivos, y el abandono de una política de respaldo a la integración europea (Daalder y Lindsay, 2004).

La revuelta, rebelión y revolución de la política exterior de Bush, en su nivel más amplio, descansa en dos principios: el mundo es un lugar peligroso, por ende, la mejor forma de preservar la seguridad nacional es librarse de las obligaciones que limitan las acciones a favor de la defensa de la patria y un Estados Unidos superior y hegemónico debe usar su poder para cambiar favorablemente el statu quo del mundo.

Nathan Sharansky, John Micklethwait y Adrian Wooldridge, e Irwin Stelzer presentan diferentes ángulos de las ideas detrás de la política internacional de George W. Bush en sus respectivos libros. Los tres analizan los factores internos que influyen en la elaboración de la política exterior, como ideas, identidades, ideologías, intereses y percepciones del mundo exterior. No obstante, los autores dejan de lado elementos que son productos directa o indirectamente del nuevo escenario de conservadurismo creciente en la política nacional estadounidense. ¿Cuáles son los alcances del liberalismo frente al tradicionalismo, nativismo y moralismo de amplios sectores de la sociedad?, ¿cuáles han sido los efectos al inte-

¿Cuáles son los alcances del liberalismo frente al tradicionalismo, nativismo y moralismo de amplios sectores de la sociedad?

rior del país a partir de la revolución neoconservadora en la política exterior?, ¿hacia dónde se dirige la nueva travesía intelectual de los neoconservadores?, y finalmente, ¿qué efectos ha tenido este nuevo panorama en la identidad nacional de Estados Unidos?

El debate actual sobre el futuro del liberalismo y del Partido Demócrata encuentra su mayor promotor en Peter Beinart, editor de *The New Republic*, quien en un polémico artículo escribe que “cuando los liberales hablan acerca de Estados Unidos, la discusión es prolongadamente negativa –en desacuerdo con los medios con que se enfrenta la guerra contra el terrorismo, en oposición a las restricciones de las libertades civiles, en inconformidad con el incremento del antiamericanismo en el mundo–. En contraste con la guerra fría, el liberalismo posterior al 11-S sólo ha producido líderes e instituciones como Michael Moore y *MoveOn*”. “Como resultado –señala Beinart– el Partido Demócrata presume de un establecimiento de política exterior asertiva y un cuadro de políticos y estrategias deseosos de mostrarse duros. Pero, debajo de eso y con la derrota en elecciones nacionales, el liberalismo estadounidense continúa a la espera de una renovación al estilo de la segunda posguerra mundial” (véase Beinart, 2004).

El creciente conservadurismo en la actual administración ha detentado una capacidad reinventiva, producto de los intelectuales neoconservadores.

El creciente conservadurismo en la actual administración no sólo ha proporcionado mayor seguridad y esperanza al electorado al mirar hacia el futuro, sino que ha detentado una capacidad reinventiva, producto de los intelectuales neoconservadores. Empero, el impacto del neoconservadurismo no se refleja únicamente en el pesimismo del Partido Demócrata y la nostalgia por el internacionalismo de Woodrow Wilson y George F. Kennan, también ha provocado fuertes diferencias entre los conservadores y los republicanos por los efectos de la estrategia de seguridad nacional posterior al 11 de septiembre; ha deshecho una gran parte la corriente aislacionista característica del partido de mediados del siglo XIX y XX; ha incrementado la presencia del cabildeo judío en la elaboración y ejecución de la política exterior; y, finalmente, ha tensado las relaciones entre la política interna y la política internacional que, por un lado, busca ajustar el liberalismo económico en temas como la seguridad social y, por el otro, impulsa una reforma democrática en Medio Oriente.

El futuro de la doctrina neoconservadora está en lo que Charles Krauthammer (2002) llama el realismo democrático –la primera gran elaboración de una teoría neoconservadora en política exterior–. El realismo democrático emplea estratégicamente un idealismo democrático con un reiterado llamado al uso de la fuerza unilateral en caso necesario. Así

pues, el realismo democrático lucha por bienes universales como la libertad y los derechos humanos que a su vez le permiten acercarse a estructuras multilaterales, de tal forma que habilita un horizonte de unipolaridad y de mantenimiento y expansión de la *pax americana*.

Finalmente, los efectos del conservadurismo en el “credo estadounidense” es que ha producido su antítesis en un nacionalismo herido y vengativo, con odio irracional, incluso miedo al mundo exterior, combinado con una obsesiva creencia en la traición de las elites e intelectuales estadounidenses, y un menosprecio por el principio tradicional del pueblo con una misión especial para ayudar a otras naciones. Desde este punto de vista, la retórica no sólo alimenta a la extrema derecha sino al nacionalismo extremista, lo que ha provocado animadversiones y alejamientos entre Estados Unidos y sus tradicionales amigos y aliados.

Así las cosas, revuelta, rebelión y revolución son tres elementos de la política exterior de George W. Bush en tiempos de fanatismos de la identidad, odios teológicos y nacionalismos combatientes. Como escribiera el maestro Octavio Paz, el tiempo transcurre y aún continúa nublado.

BIBLIOGRAFÍA ANALIZADA

MICKLETHWAIT, JOHN y ADRIAN WOOLDRIDGE

2004 *The Right Nation, Conservative Power in America*, Nueva York, The Penguin Press.

SHARANSKY, NATHAN

2004 *The Case for Democracy. The Power of Freedom to Overcome Tyranny and Terror*, Nueva York, PublicAffairs.

STELZER IRWIN, coord.

2004 *The Neocon Reader*, Nueva York, Grove Press.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

BEINART, PETER

2004 “A Fighting Faith”, *The New Republic*, 13 de diciembre de 2004.

DAALDER, IVO H. y JAMES LINDSAY

2004 *America Unbound. The Bush Revolution in Foreign Policy*, Washington D.C., Brookings Institution Press.

GIBBS, NANCY y JOHN F. DICKERSON

2004 "George W. Bush: Person of the Year", *Time*, 24 de diciembre.

HARTZ, LOUIS

1994 *La tradición liberal en Estados Unidos, México*, FCE.

HIRSH

2002 *The Washington Times*, 14 de febrero.

KRAUTHAMMER, CHARLES

2002 "The Unipolar Moment Revisited", *The National Interest*, invierno de 2002-2003, pp. 5-17.

LEWIS GADDIS, JOHN

2004 *Surprise, Security and the American Experience*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.

MEAD, WALTER RUSSELL

2004 *Power, Terror, Peace and War. America's Grand Strategy in a World at Risk*, Nueva York, The Council on Foreign Relations, Alfred A. Knopf.

ZAKARIA, FAREED

2005 "Esperanzas y hechos", *Newsweek en Español*, 31 de enero.